

season, se festejan mucho los días de los santos: el comercio de flores es uno de los que más lo notan, pues la costumbre exige que se envíen ramos y canastillas y hasta plantas, a las personas a quienes se felicita, y que son de intimidad y cariño. Tengo, en el parque de mi casa de campo, no pocas coníferas que proceden de esta graciosa costumbre, práctica hasta cierto punto, pues la flor se marchita y la planta no.

Como la Virgen marinera viene a dar su santa bendición en momentos en que todo el mundo anda desparramado por hoteles, fondas, playas, quintas y balnearios, generalmente, no se envía a las Cármenes ni una mala cesta de claveles. Es una fiesta que se confunde con las impresiones del veraneo, las cuales crean un aislamiento y una independencia momentánea, aflojando las relaciones que estrechó el invierno. Al cerrar las maletas para tomar el tren, casi se alegra la gente de que la olviden por algún tiempo, abriendo un paréntesis en la vida de sociedad, con sus deberes y sus fatigas.

* *

Y mientras balnearios, hoteles, playas y aldehuelas se pueblan de veraneantes que no aspiran sino al descanso, al fresco y al goce, Madrid duerme su siesta estival, al arrullo de las canciones flamencas, tristes y quejumbrosas, que en las cálidas noches de julio y agosto resuenan en las calles donde buscan un soplo de aire los que sufrieron el calor asfixiante de todo el día.

Los ruidos de Madrid, en pleno verano, no se parecen a los de invierno. No se oye tanto la estridente bocina de los automóviles, y no retumba sobre el asfalto el casco fino de los pocos troncos de lujo que van quedando ya, pues el trepidante artillero, con su empuje de *parvenu*, arrolla a los antiguos vehículos. Ya nadie se precia de un tiro de caballos rusos, pomeranianos o mecklemburgueses, sino de la *marca* tal o cual (no nombro a ninguna, no se fiquen que hago propaganda).

En verano, hasta los servicios públicos se ven desatendidos en Madrid; dijérase que sucede allí lo que en esas casas donde se han ido de viaje los señores, y los criados duermen y roncan, repantigados en los sofás, con las botas sobre la seda de los sillones.

* *

Y los diestros de la torería también veranean — o en el vagón o sobre la candente arena de las plazas — ... Por ahí andan recibiendo achuchones o cornadas de muerte los que a tal ejercicio se dedican. Recorren pueblos y ciudades, conociendo plazas pequeñas y grandes, públicos entendidos y otros sin minia de pesquis, vistiéndose dentro del tren, para saltar de su departamento a la hora justa de salir al ruedo, y paseando por España — errabundos —, su fama más o menos discutida, su valor siempre probado y las ansiedades de los suyos, de las mujeres que quedan en casa rezando — sean madres, hermanas, esposas, queridas, novias —, y que ponen ante la imagen de la Virgen del Carmen, y la de los Siete Dolores, y la de la Macarena, cirios y flores, para prevenir las insidias del destino que acecha y de la fatalidad que avanza silenciosa...

* *

No digamos nada malo de estos hombres, que buscan el pan, y mucho más que el pan, a su manera y con pundonor en su género. Creo haberlo escrito varias veces; los encuentro simpáticos. Lo malo es que lo obstruyen y asombran todo. Y esto no es culpa suya, no. Es de los órganos de la publicidad, que de tal suerte están a la devoción de la torería. Nadie aprueba el exceso de información taurómica, y, sin embargo, a cada paso aumenta el mal. Ha llegado a adquirir proporciones fantásticas. Es curioso que esta peste y calentura maligna se deba justamente a los adelantos de la civilización. Si no hubiese caminos de hierro, automóviles, telégrafo, prensa, ni la vigésima parte de la fiebre tauromáquica nos aquejaría. En los tiempos, de que tanto se murmura, de Fernando VII y el oscurantismo, no ocurría nada de esto.

La publicidad es sin duda necesaria a todo el que del público ha de vivir. Pero este linaje de publicidad ha parado en escandaloso abuso. No es tolerable que los periódicos consagren a reseñas y grafismos de tauromaquia una tercera parte de su original (descontando los anuncios) y, al cabo, ello ha de contribuir poderosamente a que los toros sean la idea fija del pueblo (y no sólo del pueblo) español.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Virgen del Carmen es la patrona de los marinos. ¿Por qué?

El origen de las devociones, que son ramificaciones de la fe religiosa, es tan antiguo y tan hondo, y sería además tan inútil averiguarlo por seminimas, que esta especial veneración de la brava gente de mar a Nuestra Señora del Monte Carmelo, la admitimos sin examinarla. Es porque es.

La gente de mar es digna de interés por sus costumbres, ni pulidas ni cultas: sencillas, noblejotas, francas. Rara vez o nunca, veréis en la crónica de los Tribunales delito o crimen cometido por marinos.

Me he fijado en este detalle, que tanto demuestra. Ni aun el hurto (frecuente entre los mismos labriegos, que tampoco son, por lo general, mala ralea) practican los pescadores de la costa. Se ganan su vida rudamente, arriesgadamente, sin atentar a la seguridad ni a la propiedad de nadie. No son templados en el beber, pero no abundan entre ellos, más que en otras profesiones, los dipsómanos incorregibles. No sé qué tiene ese aire salitroso que respiran, ese peligro que miran incesantemente cara a cara, que les curte el alma como la piel, saneando su conciencia, y creándoles una típica manera de ser, en la cual hay mucho de noble y simpático.

* *

Pereda estudió muy bien, en sus *Escenas montañosas*, este medio ambiente honrado y castizo, y el cuadro es tan acabado, que no tiene adición ni enmienda. Poseen los marineros otra cualidad, singular para el tiempo en que vivimos: carecen de opiniones políticas. No son socialistas, no son jaimistas, no son esto ni aquello ni lo otro. Estas cosas de la política pertenecen a la tierra. Ellos son hijos del mar azul. Suceda lo que suceda, en los ámbitos terrestres, y rueda como rueda la eterna bola, ellos han de salir, antes que amanezca, «a la sardina». Y allá, en medio del Océano, ante el espacio infinito, entre el ruido ensordecedor de las olas, que amenazan tragarse a la débil embarcación, esos días en que el mar está «que come» — según la frase de los ribereños —, la única teoría de los pescadores es implorar a la Virgen del Carmen. Cuando tres lanchas fueron a estrellarse bien cerca del muelle de la Coruña, se oía a los naufragos, en el trance supremo, invocarla.

El gracioso nombre de la Virgen marinera, la que según la poética creencia de sus humildes devotos, «echa la bendición al mar», es casi tan frecuente en mujeres españolas, como el de «Pepe» en los varones. Al proponerse Merimée encarnar en una mujer el espíritu de España, la llamó *Carmen*. En el extranjero, en cambio, tal nombre no suele imponerse en la pila bautismal. Si una Reina escritora y poetisa quiere adoptar un seudónimo español, toma el de *Carmen Silva*.

* *

No es, sin embargo, en España la fiesta de las Cármenes tan sonada como otras, porque cae en plena dispersión veraniega. En Madrid, durante la

La fiesta sube como la espuma. Crecen los precios de los asientos, crecen los sueldos de los lidiadores, y se oye decir como la cosa más natural y corriente que el *Desorejito* o el *Morucho* piensan, en dos o tres años, juntar los dos o tres millones de pesetas que han presupuesto (¡no digo presupuestado!) para pasar el resto de su vida, si escapan con ella, en dorada ociosidad. Es decir que mientras un Galdós no ha reunido, al final de su gloriosísima carrera, un decente pasar — matando toros, mal o bien (porque, en opinión de los inteligentes, antaño era otra cosa el toreo, como la música para *don Bárlo*) se llega a la opulencia en plazo brevísimo.

Naturalmente tienen que aparecer diestros a manita de Dios, «como en sombrío matorral los hongos».

En España no faltan hígados; la profesión los requiere (dicen los gruñones de la afición que no requiere actualmente nada más) y a cada momento se revelan *colosos, estrellas, pasmos, fenómenos y monstruos* del arte.

* *

Soy tan parca en esta diversión, que no había visto a Belmonte ni tenía idea de sus méritos; al cabo, dos días hace, pude juzgar al trianero (¿me equivoco? ¿Es de Triana el niño?). A fuerza de oír elogios y de que un nombre suene, acaba por inspirar curiosidad; de la curiosidad nace el interés; del interés el afán — y, a veces, el desencanto. Vi al *Fenómeno* por antonomasia. Pregunté a varios entendidos el quid del epíteto, y me dijeron que el mozo era desconocido hace dos años, y ahora, el rey de los ruedos. No me satisfizo por completo la explicación; en tal caso, lo que debieran llamar a Belmonte era como los horticultores a las hortalizas que madrugan: tempranas, precoces, *hálives*, como dicen los franceses, que entienden mucho del cultivo de la tierra y de sus productos.

* *

Creo haber encontrado otra razón para un sobrenombre, en el fondo, tan halagüeño. No es que Belmonte haya hecho la carrera corta: es, a mi ver, que la hizo de un modo original, temperamental. No sé si torea con las reglas clásicas y, en mis cortísimas luces taurinas, sospecho que no; pero hace cosas raras y nuevas, pasionales y hasta dramáticas; es impresionista; cultiva el *Grand guignol* del toreo. Además, ante la fiera, es otra fiera. En su cara cebrina, de irregulares facciones, brilla la dentadura, descubierta por un *ricthus* entre heroico y sanguinario. Una rabia profunda estremece su torso, ágil y mal construido, y sus ojos morunos relucen, y su nariz se dilata, en el estremecimiento del combate. Es una lid cuerpo a cuerpo: el mozo se ciega, y tiene en un hilo la vida. Se mete dentro del bruto, por decirlo así; le reta incrustado en las astas; valsa delante de él; no se aparta de él un negro de uña; le hace mil diabluras rápidas; en fin, le hinca la espada hasta el puño, y con goce violento le ve desplomarse. Y si la estocada falla, si no acierta la primera vez, cruje los dientes, palido de furor, cerrando los puños...

* *

Debe de ser esto lo fenomenal de Belmonte. No ejerce una profesión, al parecer; satisface una pasión, entregándose a ella en cuerpo y alma, con los nervios, el corazón y la sangre. Y esto ya es algo. Esto es como las danzas de la *Imperio*, un espectáculo atávico, de edades ya olvidadas, perdidas en la nebulosa de los tiempos — y, en tal sentido, merece que un artista lo contemple con fruición estética.

Lo fenomenal de Belmonte se llama... *El Instinto*. Palabra que no está en olor de santidad, pero que acaso sea el resorte del arte, del sentimiento, de la vida misma. No mezclemos en tal asunto a la inteligencia. Instinto, y nada más. Y es bastante.

Ahora me hago cargo de que también yo estoy hablando de toros... Pero sin tecnicismo, señores. Y por excepción y para atajar, si fuese posible, esta vesania nacional.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.